

VASCOS Y CELTAS EN LA RIOJA

POR

ANGEL SUILS

La publicación del presente ensayo se debe en muy buena parte al Instituto de Humanidades que, en aquel curso de 1950, supo abrir los poros de nuestra atención a problemas y estudios, históricos y geográficos, tales como la formación de regiones de marcada idiosincrasia caracterizadora a espaldas de toda intención política. Regiones que nunca fueron reinos ni pueblos, pero que van adquiriendo personalidad histórica, en el transcurso de los tiempos, de un modo tácito, espontáneo y progresivo.

El digno mentor de este cursillo fué Julio Caro Baroja. Hombre y nombre. Hombre el más competente para enjuiciar la formación histórica de regiones como la Bureba burgalesa o mi Rioja nativa. Nombre que apellida una ideología española a la que siempre agradeceremos la dirección de nuestra adolescencia en la amarga belleza de sentirse español.

Debo confesar que no pude asistir a aquel cursillo, pero sólo su noticia sirvió para desempolvar unas cuantas notas que pasan, ahora, a formar parte de este ensayo; notas tomadas en el transcurso de los años, en las tardes de muchos domingos, adornando mi trabajo profesional con recogimientos de más religiosidad dominical que de expansiones domingueras.

Por todo esto puede tomar el señor Caro Baroja estas primeras líneas como disculpa o como dedicatoria. No sé si coincidimos o discrepamos; en todo caso siempre seremos hermanos, mi desconocido amigo, en nuestro deseo de conocer.

Un momento, un punto

Como psiquiatra y psicopatólogo estoy acostumbrado y torturado, tanto al estudio de los rasgos etnológicos raciales de

mis pacientes como al estudio de las mil realidades invisibles que pueblan el mundo del espíritu. Unos y otras pertenecen a esas realidades indubitables pero que resisten a ser aprehendidas por los mecanismos de nuestros sentidos.

Siempre recordaré mi estudio de un libro sobre meteorología en que se definían las nubes—tú, lector, crearás en las nubes—de un modo casi irreal y por ende, muy ajustado a su realidad. Se decía que la nube es el lugar del espacio donde se verifican determinados fenómenos.

Casi de la misma manera quiero determinar el objeto de mi ensayo; un punto de la geografía y un momento de la historia en los que se han producido ciertos fenómenos histórico-sociales que han dado por consecuencia lo que hoy llamamos la Rioja y los riojanos.

Para unos, la raza, es una realidad incuestionable y la más esencial en el conocimiento del hombre; para otros, ahogados, más que bañados de relativismo historicista, la raza es una apariencia temporal cuya transitoriedad es lo más sólido de su estructura óptica. Las razas serían, pues, nubes que pasan por el campo de la historia; que, acaso, no dejen rastro pero que en su día mojaron u ocultaron al sol.

Nosotros queremos hablar de las razas en su más modesta acepción etnológica y en su más supremo valor espiritual.

El punto lo determinaremos a la manera de los matemáticos. Por la intersección de dos líneas. Una de ellas va, ya, en los tiempos más primitivos, desde el norte de nuestra península al levante. Es una línea de plata trazada indeleble por el Creador, que llena de riquezas sus riberas y alimenta el caudal del mar de nuestra civilización. La otra es una línea de piedra trazada por el hombre; puente de piedra en el camino de guerras y peregrinaciones. La corriente del agua de nuestro padre el Ebro marcando, primero, una dirección en los movimientos nómadas de las razas primitivas o de los rechazamientos guerreros de unos pueblos acometidos por otros más densos o más belicosos; después, el cruce de esta línea fluvial por el punto más vadeable o que conceda más facilidad para la construcción del puente primitivo.

El punto, pues, es Logroño. No fué por capricho de la heráldica por lo que esta ciudad lleva desde hace siglos un puente y un río en su escudo de armas. Su momento es el de la aparición en la Historia, momento, como veremos, un tanto discutible,

Logroño

La capital hoy de la región encierra, en su escudo y en su razón de ser, la esencia de esta región y raza que se ha ido formando con sus constantes características de tierra de cruce de razas y caminos, de tierra fronteriza. La Rioja, ocupada por los riojanos, es un hecho de los tiempos históricos recientes. Los riojanos actuales han ido formando sus características raciales con el sedimento humano de los pueblos que fueron pasando por la región.

Logroño, como razón de ser histórica de su región y de su raza, tiene entrada real y oficial en la Historia en el año 1095 de nuestra era, año de la promulgación de su célebre Fuero por el rey castellano Alfonso VI.

Antes de esta fecha hubo algo en el lugar del Logroño actual. Algo más que lo poco que conocemos por documentos y crónicas; algo menos también de lo que afirma la fantasía de algunos historiadores.

Solo con esta irresponsable fantasía se puede hablar aún de su identidad con la Juliobriga romana o de describir las catacumbas de Logroño en los años de las persecuciones religiosas del Imperio. Pero por esto no hemos de ponernos tristes; la mayor gloria histórica que podamos dar a nuestra tierra no ha de estar sostenida con farsas mitológicas o leyendas inverosímiles, que, dentro de las « posibles hipótesis muy probables », ya veremos más adelante que hay motivo para pensar que no somos un pueblo joven.

Sabemos, sí, que en Alaksa (Logroño), hicieron los árabes su primer puente de madera. A la región la llamaban la Tsaguer-al-aksa que quería decir extrema frontera.

En cambio, cuando el rey Dn. Ramiro conquista a los moros casi toda la Rioja no tenemos la menor cita de que entre las plazas ocupadas figure nombre alguno con cierta reminiscencia, analogía o derivación fonética con el de Logroño. Por entonces parece, todo lo más, confundida su existencia con la de Albelda, a raíz de la destrucción de ésta, por Dn. Ordoño en el año 850, por considerar peligroso su emplazamiento y levantamiento por los árabes.

Prescindiendo de algunos datos, para nosotros inseguros, que se encuentran en los hermanos Hergueta, en Argáiz y, a veces, en los hermanos Gómez, sabemos que figura su nombre en

el *Cartulario de San Millán*, aunque ignoramos la fecha de esta primera cita.

Consta que en el año 900 la familia Sesma funda una capilla en « la Redonda » de entonces, dedicada a San Lucas.

Que entre los sucesos acaecidos en 964 entre el rey Sancho Garcés I y su esposa, son cedidas a San Millán las villas de « Lucronio et Asa ».

Se dice que este mismo rey la pobló. Dése a esta palabra la importancia que se quiera para saber hasta qué punto ya lo estaba o no unos cuarenta años antes de hacer la citada donación.

Ya en 1039 viene San Gregorio; de esto sí que no queda duda lo mismo en materia histórica que en cronología. Conocida es por todos la estancia del santo en esta ciudad y de mucho de cuanto aconteciera.

Poco después, tras la batalla de Atapuerca en 1054, Fernando I concede a García V de Navarra, hijo del vencido Dn. Sancho, las villas de Nájera y Logroño.

Y así, en 1092, el Cid Campeador, se sabe, hizo objeto de saqueos, venganzas y depredaciones, a sus pobladores, en sus fechorías caudilleras, muy a tono con la moral de la época de entonces que es con la que debemos enjuiciar y perdonar como españoles. Estaba a la sazón al servicio del rey moro de Zaragoza Almoctader, y más exactamente, en las guerras fratricidas, con los hijos de éste con quienes guerreaba asalariado. Indirectamente debemos al Cid la necesidad de repoblar y proteger a Logroño con un Fuero excepcional que sintiera el rey Alfonso VI en el ya citado 1095.

En 1160 habla Sancho VI de un castillo que hay en Logroño. Es el mismo que se cita en el Fuero de Miranda, anteriormente, en 1099, por Alfonso VI; y, después, en 1160, cuando Alfonso VII de Castilla habla de « las heredades del puente de Logroño hasta Santa María de Muniella ».

Pero nosotros no nos estamos ocupando de Logroño mas que a manera de exordio y tendríamos que decir que, de haber existido el mismo Logroño de nuestros días, en el primer milenio de nuestra era, no habrían sido los mismos pueblos acaso, los que lo habrían poblado.

Hubo otros «Logroños» muy cerca del actual para creer que, además, hubiera existido el nuestro, el de nuestros días, Las ciudades de Calahorra, Varea, Albelda, Nájera y Contrebia, tan asiduamente citadas durante varias centurias, hacen resaltar muy

sospechosamente el silencio que sobre Logroño se mantuviera. Atengámonos a los hechos comprobados, respetemos la creencia de la tradición, pero enjuiciemos los hechos reconocidos, bajo un punto de vista inevitablemente personal, aunque dentro siempre de lo posible y de lo probable.

La Rioja es encrucijada de río y de caminos, coyuntura de razas. Un país fértil y alegre y bien distinto de las montañas que lo limitan por el Norte y de la meseta castellana, por el Sur; y, sin embargo, muchos de aquellos pueblos no llegaron a extinguir sus tendencias nómadas, unas veces, y otras, no supieron resistir ante otros pueblos invasores, más jóvenes, que les empujaban en la dirección del río y, siempre, en sentido opuesto al de su corriente.

Pero Logroño, capital, símbolo y razón histórica de la Rioja, nació después de ella. Hemos de buscar en la región el germen de su nacimiento y realización.

Pasemos breve revista a los primeros núcleos urbanos que aparecen en la región, cerca del puente de Logroño, en los primeros tiempos históricos, cuando los historiadores de la Roma clásica se ocupaban del enemigo que encontraba sus legiones, Ebro arriba, en nombre del senado y pueblo romano.

Calahorra

Tomemos atalaya de vigía en esta ciudad en los albores de su historia escrita; escrita por historiadores y geógrafos del pueblo conquistador que hace referencia a la población indígena.

Para Menéndez Pidal hay varias Calahorras. Esto es indudable y se presta a muchas confusiones que por fortuna ninguna pone en duda la realidad y preponderancia de la Calahorra riojana. La que más debemos tener en cuenta es la Calagurris Fibulariensis, situada en la región del Loarre, al Noroeste de Huesca. Casi me extraña que otros autores, al hablar de las relaciones entre Calagurris y los vascones, no discutan, siquiera sea algo, la posibilidad de que algunos datos históricos de la una puedan referirse a la otra.

Por lo demás, la Calagurris riojana ha tenido distintos nombres hasta llegar al actual. Antes de su aparición, en la historia de las luchas con Roma, debió llamarse Calahuria. Lo que este nombre no tenga de vascón lo tiene del idioma ibero cuya analogía con el vasco es tan visible en la tesis de Cejador, (uria la ciudad). Después se la llamó Calagurris Nassica y más tarde Calagurris Julia a raíz de su reconstrucción por Julio César.

Cuando fué sitiada por Aníbal, y al final conquistada, así como en la fecha más precisa de sus primeros encuentros con las fuerzas de Roma, hay constatación precisa de que los habitantes de Calahorra eran celtíberos. Aunque los combatientes que llegó a poner Calahorra en pie de guerra no fueran los doce mil de que habla Tito Livio, mucha importancia debió tener como núcleo urbano indígena para suponerle sus enemigos esa fuerza que justificara la baladronada, si la hubo. Eran los tiempos de Manlio Accidinio Fulviano, pretor de la Hispania Citerior, con Cayo Atinio en la ulterior (años 187 a 188 antes de J. C.). El triunfo debió ser indudable, ya que al año siguiente tuvo una paz absoluta la región. Si no se le concedieron los honores del triunfo, fué tan sólo, según costumbre romana, por no volver con su ejército, ya que, según dice Tito Livio, fué llamado a Tarragona, terminando así su mandato de pretor (Gostfried).

(No hemos querido citar los escritos de Catón, cuando en 195 antes de J. C. peleaba contra los cántabros en el Ebro inferior y medio. En su libro *Orígenes* no quedan fragmentos referibles concretamente a la región, aunque ya es algo la referencia del tramo de río en que pelea contra los cántabros, para lo que se dirá en próximo apartado).

Así, pues, sabemos que en el 188, antes de J. C., eran celtíberos los habitantes de Calahorra. Esto es seguro como dato. Si, ahora bien, queremos precisar lo que entendemos por el celtiberismo de los calagurritanos de entonces sólo podríamos precisar que eran de un extremo o esquina de la celtiberia. Era el punto de mayor penetración por el Ebro de las masas iberas procedentes del litoral mediterráneo, bastante después de su llegada de Africa.

Y se dice celtíbero, como se dice también celto-ligor o celto-ilirio. Al ligur, tan seguro en nuestra región por las notas de Séneca y las citas de San Isidoro, así como al ilirio les denominaremos conjuntamente preceltas.

Sobre estos preceltas más o menos diversos cayeron las dos principales inmigraciones de celtas de que hablaremos en el último capítulo, uniformando bastante la raza de casi todo el norte de la península; uniformidad que se iría perdiendo con caracterizaciones locales en el transcurso de unos siglos; no muchos, como se verá.

Los habitantes de esta punta de la Celtiberia estaban en contacto por el Oeste con los berones. Por el Norte iban a entrar en contacto con el pueblo vascón, y, acaso aún lo tuvie-

ron con el extremo más meridional y oriental de los cántabros.

Los calagurritanos vieron venir por entonces, a los vascones procedentes del Pirineo. Eludimos en este momento el intrincado problema del origen de esta raza, conformándonos con asignarle, por aquel entonces, una gran afinidad idiomática con los pueblos que se dicen ibéricos. Habían estado viviendo en una región reducida del Pirineo occidental y central, en su vertiente Sur, aunque con mucha relación cultural con los del oriental, los llamados ceretanos. Aún hoy se ven numerosos nombres de pueblos catalanes con evidente denominación vascona. Habían vivido reducidos a una parte de la Navarra montañosa, llegando por el Este hasta los jacetanos, y más exactamente, hasta las tierras de los ilergetes, ya que los jacetanos serían vascones también en aquella época. Así lo refiere Tolomeo y lo confirma la tesis de Moret. Sólo Ohienart, en su *Notitia utriusque Vasconiae*, hace la diferencia de que estos jacetanos no correspondieran entonces a los moradores de la Jaca actual, sino a una raza que se extendía desde allí hasta los lindes de Cataluña.

Para nosotros no hay contradicción entre todas estas hipótesis. En aquella época el pueblo vascón al que quedará reservado por nosotros el título de vasco, menos latino que el de vascón, empezaba uno de sus períodos de expansión y aumentaba por Occidente su territorio a costa de los várdulos; pasaba de limitar con Oyarzun y el puerto de Pasajes e iba en busca del Deva. De montañés iba a hacerse marinero. Más al Sur de los várdulos, atacaba a los suesetanos, que ocupaban casi todo el resto de Navarra, y más exactamente, el valle de Sangüesa, hasta la margen izquierda del Ebro, en donde aparecía la llegada del vascón o del vasco-jacetano a las puertas de Calagurris.

Para Campión, una tribu vascona que se posesionó del territorio de los várdulos, llegaba hasta la sierra de Aránzazu y San Adrián y se unía a otro grupo vascón. Acaso sea éste el mismo que Schulten dice subió desde el Ebro a juntarse en la orilla del Océano, hasta Oyarzun. Schulten asegura que esto debió ocurrir, de todos modos, antes del año 50, antes de J. C.

Por esto pensamos que los vascones « ascendentes » pudieron ser los mismos que desde los terrenos jacetanos más inferiores subían Ebro arriba en aquella onda de expansión. Esta debió realizarse por entonces ya que, a favor de la romanofilia que casi siempre caracterizó a los vascones, encontraron apoyo del romano y pretexto de expansión, aparte del elemento de necesidad expansiva que pudieran tener.

Por todo lo que venimos diciendo de los pueblos vascones nada tiene de extrañar que en el 178 a. de J. C., en tiempo de Sempronio Graco se nos diga que este pretor atacara a los vascones desde Calagurris. Deberían estar a la vista de la ciudad.

El carácter celtibérico de Calahorra debió irse perdiendo por distintas causas a más de la natural infiltración con los inmediatos vascones. Una de las principales entre éstas, fué la orden del pretor dirigida a suprimir del celtibero sus arraigadas características de nomadismo. Con ellas, aunque se concentrara más población celtibera en la ciudad, se iría perdiendo en la región de alrededor. Luego habían de venir las otras luchas que la ciudad habría de sostener aún con Roma. La paz de Sempronio Graco duró bastante para aquellos tiempos, pero no más de treinta y dos años. Los tratados mutuos, al final de este lapso pacífico, fueron incumplidos por los romanos; los celtiberos se consideraron obligados por ello a rebelarse contra enemigo tan superior. Habrían aprendido poco ha, la técnica de hacer tratados, más no cabe duda que nuestros antepasados sabían de antes respetarlos y aun hacérselos respetar a los más poderosos.

La guerra duró desde el 151 al 154 a. de J. C. Luego comienzan a incubarse las guerras numantinas.

Parece que por entonces empieza a replegarse, en las tierras de Calagurris, la influencia celtibérica. Calahorra no ofrece problemas para Roma. Por entonces la amistad vasco—romana y la berón—romana es una misma cosa y así, en el año 130 a. de J. C. puede Escipión llegar hasta Pancorbo en una especie de paseo militar a través del país de los berones, conduciéndose ambas partes del modo más amistoso.

Esto quita para que algunos de los héroes de las guerras numantinas que ayudaron a los sitiados, como los cántabros que asustaron e hicieron huir a Mancino, procedieran de aquella región o de la parte de Cantabria mas próxima. Me refiero a Ambón y a Leucón, procedentes de las guerrillas de Caros. Ambón actuaba en las cercanías del Jalón. Leucón se relaciona más con la Rioja y su nombre, tan típicamente celta, como los de los otros dos, nos han de servir más adelante. Los dos últimos llegaron a concertar tratados con Nobilior, según está fuera de duda.

Pero, pasado el prolongado cerco de Numancia, debió ser la paz tan absoluta con Roma que las infiltraciones de las razas unidas por su contigüidad ancestral, a más de por el invasor común, debieron ser muy profundas y, entre ellas, la infiltración

vascona por una buena parte del territorio berón. Fué una infiltración intensa pero sin luchas ni tampoco fusión de razas. El vascón, que había empujado de tierras de Calahorra al núcleo celtíbero auténtico dejándolo separado y urbanizado en la ciudad, ocupaba tan buena parte de la Rioja actual como la que ya se señala en los viajes de Sertorio, de las guerras celtibéricas del siglo siguiente. En ellas, el nombre de Sertorio llena toda la historia de la región, desde el año 77 a. de J. C. hasta su muerte, poniendo en jaque constante a las legiones de Pompeyo, Metelo y Afranio.

Como se sabe, en estas guerras la ciudad que nos ocupa sufrió varios asedios. En uno de ellos obligaron a Pompeyo y Metelo a levantar el sitio, si bien muerto Sertorio, Pompeyo o Afranio, —no se sabe seguro—, forzaron a la ciudad después de haber llegado sus pobladores a resistir hasta caer en una antropofagia heroica.

Pero lo que ahora nos interesa, más que estos grandes hechos heroicos y militares, es aquel viaje de Sertorio que apoya nuestra tesis. Dice Tito Livio que en el año 76 y 77 antes de J. C., Sertorio, siguiendo la ribera del Ebro hacia arriba, llegó a Cascantum y Gracurris; luego, a Calagurris; al día siguiente « a través del territorio de los vascones », hasta la región de los berones; que « acampó sobre la frontera de los dos », siguiendo al tercer día hasta Vareia, su capital, para de allí dirigirse al teatro de guerra en que fuese solicitado, bien al occidental o al oriental. La cita no puede ser más clara y concreta. Para Menéndez Pidal aquella frontera iba a lo largo de la hoy carretera de Ausejo, hasta la Venta de la Rufina.

Desaparecía con ello el contacto entre los celtíberos y los berones, cuando ya se ha visto, según Schulten, que los vascones que no habían echado raíces en el suelo berón, habían subido hasta las montañas del país vasco actual.

Sertorio inverna con los berones en el 75, antes de J. C.

En esta situación llegan los primeros días de nuestra era y casi toda la Rioja se ve poblada por tribus de berones y vascones. A entonces se refieren los datos de Esirabón III, que afirma que al Norte de los berones vivían los vándulos y cántabros coniscos; éstos desde Penagos, en la Montaña. Menéndez Pidal opina a este respecto que estos pueblos aún conservaban un nomadismo que les hacía cambiar constantemente de residencia, lo que contribuye a confundir las localizaciones dadas por los distintos historiadores. Sólo se puede dar como fija, la vida

sedentaria, en los várdulos, autrigones y caristios en el momento de recibir las oleadas de vascones. Los várdulos llegaban desde las costas aquitanas, hasta el Deva; desde aquí hasta la ría de Bilbao, aproximadamente, vivían los caristios, y de allí a occidente, hasta Laredo, los autrigones. Todos ellos lindaban, por el Sur, con los berones, hasta que se interpusieron los cántabros. Esta interposición es la que motiva a Campián a reconocer tan poca penetración hacia el interior a los vascones de entonces; ello sería por el corrimiento de los cántabros entre ellos y los berones. Desde luego se sabe que, tras la derrota de los cántabros, fueron éstos obligados a dispersarse por orden de Augusto. Los cántabros debieron empujar a los autrigones y caristios, pues fué entonces cuando estos pueblos llegaron al mar; los autrigones, primero; los que no fueron rechazados hacia la Bureba burgalesa. En los textos de Mela y Plinio hay sobradas afirmaciones para ello. Lo mismo puede decirse de los escritos de Tolomeo.

Pero sobre esto volveremos a insistir más adelante.

V a r e a

De otro lugar del país riojano queremos hablar ahora como hito de nuestro pensamiento. Otro lugar, como Calagurris, cuya existencia es incuestionable y cuya importancia, en los alrededores de la dominación romana, atrae sobre sí la atención histórica de los escritores famosos de la época de la conquista romana de la península.

Este lugar es el, hoy humilde, de Varea.

Se conocen más nombres de él, en la antigüedad, que casas la componen en la actualidad. Más lo que ahora nos interesa es que la distribución geográfica de los poblados que aparecían formados en la Rioja a la llegada de los romanos, se apoya en la existencia de Varea como en un puntal muy sólido.

Se le ha llamado: Varea, Vareja, Vereja, San Isidoro la llamó Arejiam y el Papa Hilario: Varejiam. Más curioso es el título que le diera anteriormente el mismo Livio. Le decía: Valdisiman, porque ya entonces esta tierra producía los frutos más sabrosos y era utilizada, por Roma, esta ciudad para la exportación de las frutas del país de los berones.

Delgado, en su conocido libro *Clasificación de las Monedas Autónomas de España*, refiriéndose a las que por concepción de Roma se acuñaban en Varia, lo mismo que en Calagu-

ris, dice de la primera ciudad, que se hallaba a doscientas sesenta millas romanas de la desembocadura del Ebro.

También figura en el Itinerario de Antonino, en el camino de Italia a León; a veintinueve millas de Calagurris y a veintiocho de Tritio.

Para Taracena, Varia es Varea. Lo mismo afirma Schulten que, agrega, está junto a Logroño, distinguiéndola de Vera, en Almería, junto al río Almanzor.

Otros la refieren, en su situación, diciendo que se halla junto a Contrebia; se fundan en Tito Livio y la dicen lo mismo Varia que Variobriga (briga: palabra celta que quiere decir cualquier grupo de población). Estas referencias habrán de tener gran valor para lo que se diga en el próximo apartado.

Lo mismo apuntamos de lo que se dice de esta tan segura Varia cuando se habla de la carretera de Contrebia Leucada al Duero. Se llamaba camino de los berones al que llevaba de Varea a Numantia.

Aparte de su valor como puerto exportador de alta importancia económica, cabe pensar que fuera el núcleo de población más importante de todo el país berón, su capital, se dice en el viaje de Sertorio, y, además, de un alto valor estratégico. Las referencias sobre este particular son muy firmes. Se le llama, unas veces, el paso de Sertorio. En otras se dice que está en el país de los berones, en el paso del Ebro. En otras (Plinio) se dice que el Ebro era navegable hasta Varia. Siempre se hacían las concentraciones militares en este punto, no tanto por ser puerto como porque de allí se podían enviar los refuerzos lo mismo al campo de guerra de Lusitania que al oriental de la península, según se presentaran las necesidades de la guerra. Pompeyo recibía allí todas sus provisiones venidas de las Galias por el camino de Pamplona.

De lo que no conocemos nada es de su fundación y antigüedad. En el *Periplo de Avieno* (años 535 al 609) nada se dice de este puerto, ni la menor referencia indirecta a su existencia. Nos hemos de conformar con leer en esta obra que a nuestro río le llamaban los romanos: Oleum Flumen, lo mismo que, desde antes, se le llamaba Elaios o Iberus. Por cierto que este nombre que terminó por otorgarse a toda la península y al pueblo que la habitaba, tiene una marcada afinidad con la voz: río, en idioma vasco. Los vascos de ahora dicen: ibai=río; ibaira=al río; ibar=ribera. ¿Dieron los vascos este nombre al río como al río por antonomasia, o bien esta denominación vasca actual es

su nostalgia del río más grande que los vascos conocieran antes de ver el mar? (1) Y, quien dice del pueblo vasco, del pueblo ibero o celtibero que hablase un idioma ibérico muy afín al vasco de entonces, según se puede deducir desde el vasco de nuestros días.

En las fuentes históricas, lo que más consta, de la relación que los habitantes de Varia tuvieron con sus vecinos, es lo que recuerda Menéndez Didal diciendo que estaban en contacto con los suesetanos, restos de tribus célticas que habitaban el valle de Sangüesa hasta las orillas del Ebro.

En resumen, que es innegable la existencia de Varia como capital de los berones, situada junto a Logroño actual y muy cerca de Calagurris la celtíbera, junto a los vascones y en la contigüidad de Contrebia Leucada, en el paso de los berones, en su camino hacia Numantia.

Así, pues, podemos terminar esta relación con una gran seguridad que Logroño y Varea no tuvieron existencia o importancia simultánea en los primeros momentos de entrada de nuestros antecesores en la cultura del Lacio. Es mucho más tarde, en tiempos del obispo de Calahorra que firmaba con el nombre de Silvano, y junto a sus constantes citas sobre Varea, existe un silencio absoluto sobre Logroño.

Así podemos retener en la memoria a Calagurris como capitalidad del elemento más celtibérico de nuestra región y Varea como la probable capital de la familia berona.

Pero aún había más razas que éstas y la de los vascones, viviendo o merodeando nómadas por el suelo y las inmediatas cercanías de la Rioja.

Contrebia

Nos interesa hablar ahora de otra ciudad que, como las anteriores, por su importancia y cercanía a Logroño hubiese podido sustraer importancia histórica a lo que del Logroño actual existiese entonces. En el caso en que ahora nos vamos a ocupar cabe la posibilidad de que el actual Logroño fuera su sucesor, precisamente. Lo que hayamos de mostrar a este respecto sólo se hará por cuanto pueda arrojar luz sobre la clase de pueblos o razas que los habitaron, una vez identificada su localización geográfica.

(1) Después de escritas estas líneas he leído, en Astarloa, igual opinión.

La ciudad a que aludimos es Contrebia. Ya no existe, y los profanos tienen permiso de seguir guardando ignorancia sobre ella.

Los historiadores de la región la citan y aun la localizan después de resbalar un poco su opinión sobre la certeza de su existencia, sin reparar si su pasada realidad debe confrontarse con otros nombres de Contrebia que aparecen en los textos antiguos. Por otro lado creo que es justo señalar el grave defecto de los investigadores de documentos históricos que, en temas como éste, no ponen la debida atención en el estudio de la tradición local, tocando el tema de una Contrebia bajo el punto de vista general de la lucha de Roma con las tribus de Iberia.

Si en vez de alimentar la tradición con nuestra fantasía, ahondamos en sus orígenes o en su por qué, llegaremos, unas veces, hasta la realidad mítica, de gran importancia, aunque no histórica, y otras, a exigir a la filología una justificación de las toponimias.

Así preguntaríamos ¿quien inventó, para el cerro que se divisa junto a Logroño, el nombre de Cantabria?; ¿quién denominó por primera vez a los montes que cierran la visión de su lejanía, por el Norte, Montes de Cantabria?

La distancia que separa —o une— estas elevaciones de nuestro suelo con la región cántabra de la actualidad es muy grande para una confusión casual de las denominaciones, pero más breve si nos dejamos sugestionar por el sentido que marca una flecha marchando río arriba. Recuérdese que aquellas tribus tenían un sedentarismo muy relativo; el mayor, el de los berones, pero el menor quizá, el de los cántabros que pasamos a estudiar con motivo de la ciudad de Contrebia, según indicaremos más adelante.

Las gentes que pueblan hoy nuestra región no son muy dadas a jactancias regionalistas para necesitar el gozo de colocar un castillo o fortaleza fantásticos en lo alto del cerro de Cantabria. Parecen saber que allí hubo algo desde el mismo día remoto en que aquel monte se llamó: Cantabria. Este origen de una tradición limpia de fantasías requiere una justificación de historiadores o filólogos.

El enfoque que queremos dar nosotros a esta cuestión nada tiene que ver con las suposiciones sobre el origen de las encuevas del citado cerro o sobre el castillo de Yago del que también se hace eco el saber popular. Sobre las encuevas nada se puede decir sin más estudios arqueológicos que los hechos hasta

ahora. En cuanto al supuesto castillo de Yago bien cabe pensar que se trate, de una traducción del sentimiento cristiano, de la existencia de algún héroe pagano que le precediera en la admiración popular, lo mismo que se tapaban con ermitas los lugares en que se celebraron cultos idolátricos en tantas localidades de nuestro suelo español.

* * *

Sobre la existencia de Contrebia no hay disparidad de criterios entre los historiadores. Lo que ha de detenernos algo más será bucear entre las encontradas opiniones sobre su localización geográfica.

Quizá no sean tan opuestas muchas de estas opiniones, quizá deban seguir siéndolo. Hay muchos datos para pensar que hubo más de una ciudad con tal nombre y no es preciso violentarlos para reducir a una sola ciudad las Contrebias de que nos habla la documentación histórica.

Ya hemos citado el caso de Calagurris. Citábamos sólo las dos ciudades más importantes que tenían esta denominación a más de los nombres diversos con que se fué apellidando: Nasica, Julia, Tulta, etc.

Varias de estas ciudades homónimas lo serían por casualidad o, más exactamente, por querer expresar la misma idea en el mismo idioma de origen céltico. En algunos casos bien pudo ser formada una ciudad con el mismo nombre que la anterior de procedencia de los evadidos en las luchas contra los romanos. Los nativos tenían por costumbre esperar al invasor fuera de su poblado amenazado de asedio, de modo que, si en los primeros choques se veía claramente un futuro resultado adverso a las fuerzas indígenas, estas huían en la dirección más conveniente fundando un nuevo burgo con la denominación del anterior.

Es de absoluta evidencia histórica la existencia de una Contrebia en la Galicia Bracarense, según nos dice Tolomeo. Aca-so sea esta la misma a que hace referencia Antonino situándola en el camino de Astorga a Braga, en la séptima mansión. Pudo ser ésta, una u otra, fundada por los lusones que con anterioridad estuvieron en contacto con los belos y los titos del valle del Jiloca.

Otra Contrebia muy diferente habría de ser la que recibió el calificativo de *Caput Celtiberiae*, por Valerio Máximo. La localización de ésta es muy varia. Se tienen distintas referencias documentales de la misma. Una de ellas, la que estaba en el

comienzo del camino hacia Numancia pasando por Ségida, la capital de los Velos, en el alto Jalón. Otros la sitúan en Daroca o cerca de Zaragoza, la Salduya o Salduvia de entonces, o en la ribera del Jiloca, en la época de los lusones. Para otros debió estar situada en Trillo (Guadalajara). Cortés, en cambio, la refiere a Zorita, en la misma provincia. Para Masdeu estuvo en Consuegra (Toledo).

Así, nada tiene que extrañar que en los Atlas de la obra de Menéndez Pidal figure cerca de Daroca, y, más junto a Teruel, en los Atlas antiguos, tan conocidos, de Justus Perthes, tabla diez y siete.

Hay un episodio muy conocido de la historia de una Contrebia ocurrido en el año 181 antes de J. C. Sabemos que sus habitantes, en lucha con los invasores, no pudieron impedir que las tropas de Fulvio penetraran breve tiempo en la ciudad, el suficiente para pasar a cuchillo a todos sus habitantes. Para su localización geográfica podemos valorar el que los invasores marcharan, luego, a las tierras de Toledo. También, que, varias veces, los arevacos acudieron en socorro de los de Contrebia; así sucedió en el 181 a. de J. C. y más adelante, en tiempo de las guerras de Mario y Sila. También consta que cuando arevacos y pelendones se hallaban en guerra, los de Contrebia guardaban el trigo de sus «vecinos».

Sobre este episodio conviene hacer constar que se confunden a menudo las acciones guerreras de Quinto Fulvio Flaco y las de Fulvio Nobilior. Se atribuye al primero la toma de Contrebia cuando pasó a cuchillo a sus habitantes, pero no se olvide que Fulvio Flaco fué cónsul, pero en los años 209, 212, 224 y 237; fué cuatro veces cónsul, pero en estas fechas. En cambio, Fulvio Nobilior lo fué en categoría de pretor y cónsul, en España, en el año 189, aproximadamente.

Estos retazos de una Contrebia pueden ser suficientes para sentir preferencias por su localización en algunos de los lugares citados, pertenecientes todos al núcleo celtibérico, pero sin llegar a constituir pruebas indubitables. Nosotros los hacemos constar como hechos históricos, precisamente, en lo que tienen de muy probable de no haber sucedido en la Contrebia que ahora vamos a ocuparnos. No queremos acogernos a la probabilidad contraria negando estos hechos.

Pero hubo, indudablemente, otra Contrebia, y ésta con una localización geográfica de muy poca oscilación espacial. Es la que habla Apiano situándola en el Ebro Medio.

Otras referencias la colocan, como decíamos en partes anteriores, en el lugar del paso de Sertorio. En los documentos de la época es tan corriente esta frase que tiene todas las características de una frase hecha que se va transformando en nombre gramatical. Nos dan ganas de escribirla con mayúscula, como si fuera el nombre de una población.

Y no sólo paso, sino lugar estratégico, por las pruebas históricas que ya hemos referido.

Otros la sitúan junto a Variobriga como modo de localizar esta Contrebia en los sucesos de la época de Sertorio y con la cita de Apiano. Saben que tiene que estar por Varea y la sitúan allí mismo para no tener que inventar una ciudad nueva o tener que desenterrar otra del olvido.

Esta segunda Contrebia, segunda en el orden de nuestra exposición, era llamada Contrebia Leucada. ¿Sería acaso para evitar confusiones con «la cabeza de la Celtiberia?».

A veces se la llamó sólo Leucada. Precisamente la referencia histórica más firme de la existencia de esta Leucada está en el célebre trozo o fragmento 91 de los escritos de Tito Livio, sobre los años setenta a. de J. C. Dice Tito Livio: «depraetter quam urbem Contrebiam quae Leucada appellatur oportunissimus ex veronibus transitus erat in quacumque ducere exercitum stauisset». Desde el descubrimiento de este fragmento en la Biblioteca del Vaticano, por Giovezanni, aunque no podamos asegurar que estas dos Contrebias que más especialmente nos ocupan sean las mismas, sí podemos afirmar con seguridad, garantía de la fuente histórica, la existencia de la nuestra en el paso de los berones.

En el año 137 a. de J. C., Numancia recibía socorros de los cántabros; los Cántabros, para Juvenal, vivían junto a Calahorra, si no fué dentro de ella. Claro que a esta cita de Juvenal se le concede poca estima por referir a los cántabros solamente, la región que ocupan en la actualidad o la región en que se dieron las guerras cántabras, las de tiempo de Augusto; mas si suponemos la existencia de tribus cántabras a la altura de Contrebia ¿no pudieron ser ayudados los numantinos, por el grupo cántabro de la orilla izquierda del Ebro, a lo largo del paso de Sertorio? Más adelante insistiremos sobre este punto. Acaso pudo ser por este camino por donde ayudaran los arevacos en 181 a los de Contrebia, si la ayuda fuera la Contrebia Leucada; aunque de esto no podemos hacer más que preguntar, sin afirmación alguna.

Sabemos que en una Contrebia se acuñaron monedas. ¿Era esto antes de su dominación por los romanos o más tarde y con permiso de éstos? Caso de ser cierta esta última opinión habría una Contrebia destruida por ellos y otra la que lograra aquel privilegio.

Por los años setenta, los de las guerras sertorianas, la Contrebia Leucada adquiere concreta importancia. Tanto, que son muchos los historiadores que, aún localizándola en Daroca, dudan que ésta sea la Contrebia de Sertorio. Algunos de éstos, como Igualador, la llaman Contrebia, Lucronium o Leucona. Recordaremos una vez más el nombre del héroe Leucon que, acaso fuera el predecesor de la tradición del Yago, o San-Yago.

Desde el año 74 al 77 a. de J. C. hay citas constantes en los anales de las guerras de Pompeyo y Metelo sobre la misma Contrebia en la que había de hacer Sertorio sus célebres y pacíficas internadas.

Aún queda una duda, en esta época, sobre Contrebia; no referente a la existencia o localización de la Leucada sino a la coexistencia en aquellos días de otra Contrebia. La producen, lo mismo algunas de sus acciones guerreras, como la referencia de sus descansos invernales.

Se sabe que internó con los berones en los años 75 al 76. Pero parece, y así consta, que el del 77 internara cerca de Córdoba. Pudo muy bien descansar de invierno a invierno en lugares tan distantes; para la actividad de Sertorio no era esto imposible. Stahl refiere a Longobriga, en aquella región andaluza los descansos y andanzas guerreras de Sertorio. Sin embargo, son muchos los historiadores que dudan que pudiera estar aquel caudillo en teatros de guerra tan diferentes y distantes. En este caso existe cierta tentación a referir la Longobriga con Logroño, una Longobriga berona que evitaría tener que conceder a Sertorio demasiada ubicuidad. Cuanto decimos en este párrafo, aun siendo contrario a afirmaciones nuestras anteriores sobre la antigüedad y origen del Logroño actual, las consignamos como posibles, bien que encareciendo su mero valor hipotético, distinto que el que damos cuando hemos querido sentar alguna afirmación o juicio, si bien sea humilde y personal.

Y la duda sigue más aún; duda que no quita valor a la existencia de la Contrebia Leucada. Sertorio conquistó una contrebia. Pudo ser la de junto a los berones, pero algunos historiadores le adjudican la Contrebia que pudo estar en la actual Trillo, si bien son estos mismos investigadores los que, en refe-

rencia a esta conquista, afirman que fueron sus tropas, que él no señaló su presencia en la Contrebia del Sur y que serían sus lugartenientes los que luchaban en Trillo. Si tanto se señala aquí su imposible ubicuidad quizá haya que dudar un poco de su presencia en Andalucía por el año 77 a. de J. C. en la Longobriga señalada por Stahl, en Layos.

No por embrollar más esta cuestión, sino para que no surjan nuevos errores, hemos de dejar señalados nuevos gérmenes de discusión de hechos guerreros que puedan influir en la oscuridad reinante sobre lo que se atribuye a las dos Contrebias; reales, las dos, en mi modesta opinión, a la manera de lo que dijimos sobre los dos Fulvies. Y es, que se lee frecuentemente que Quinto Metelo, el macedonio, sorprendió a los habitantes de Contrebia después de haber simulado una retirada y, en realidad, este procónsul de la Citerior regentaba su cargo en el año 152, en la época de Viriato y de los celtíberos. Pero no fué él, sino otro miembro de la familia Metela quien luchó en España en la época de Sertorio. Me refiero a Quinto Cecilio Metelo, el hijo del Numida, procónsul, en España, el año 79 a. de J. C., que luchó contra Sertorio durante ocho años y que llegó más tarde, en Roma, al cargo de Pontífice Máximo tras arrojarle un triunfo que siempre fué muy discutido por los romanos con chanzas sobradas. A las dudas históricas actuales sobre nuestro tema se añaden confusiones cronológicas muy burdas disculpadas, en parte, por el parecido de los nombres de caudillos de una misma familia. En las guerras mantenidas por los generales romanos de esta época hay menos dudas que errores en las fuentes históricas y, sobre todo, en su enjuiciamiento.

No queda clara la realidad de una o dos Contrebias, con lo hasta aquí expuesto. Hemos llevado la claridad en nuestra exposición hasta el punto en que puede aclararse con las fuentes históricas. No aumentemos la claridad con un juicio más definido pero imparcial y apasionado, contrario a lo que se pueda afirmar hoy en verdad histórica. Conformémonos con reconocer la existencia de las dos Contrebias en discusión, antes de negar la existencia de la Contrebia apellidada Leucada. Desde nuestro puesto de enamorado «diletanti» sentimos aversión a pontificar por nuestra cuenta en modo prematuro.

De otra Contrebia también riojana habremos de hablar, pero es más problema arqueológico que histórico. Sin definirnos sobre ésta, la traemos aquí a colación por ser una manifestación de la necesidad de buscar la Contrebia del país de los berones.

Blas Taracena supone que Contrebia Leucada estuviera cerca de Cervera del Río Alhama; quiere aprovechar así las ruinas encontradas cerca de esta ciudad para saciar su necesidad de emplazamiento de la Contrebia Leucada en las proximidades del punto a que se refieren las citas históricas. Recuerda citas posteriores a las, por nosotros, hasta aquí señaladas, como son las de Plutarco que hacen simultánea la vida de Contrebia, Turman-
cia y Castro, de Soria. Debió ser tan importante como para poderse reconocer hoy un foso, junto a la muralla del que se tuvieron que extraer más de 25.000 metros cúbicos de «piedra». Por esta vez, al menos, los habitantes de la región no fueron tan perezosos para amurallar su recinto como lo fueron, para Schulten, los habitantes de Numancia. Aquella ciudad, junto a Cervera del Río Alhama, debió ser muy importante y coexistió con muchos siglos de la dominación romana. Pero no hay ninguna prueba de que fuera nuestra Contrebia. Su existencia es, pues, sólo un argumento más en favor de buscar la localización de Contrebia junto al Ebro. Creemos que falta al eminente Taracena, como ya dijimos, haberse puesto en contacto con la tradición local para correr un poco más a Poniente el pueblo que se denominó Contrebia Leucada.

Lo que sí tiene valor del trabajo de Taracena es el modo de construirse estos burgos o castros, el modo de utilizar la naturaleza del terreno sin arredrarse por penosos desplazamientos de material pétreo, buscando la casa en la cueva, que aún se ve en poblados de nuestra región usadas como bodegas, o, como en el caso de Arnedo, para habitaciones humildes, mucho más antiguas que nuestras casas blasonadas. Teniendo esto en cuenta habrá que dirigir futuras investigaciones arqueológicas.

Pero hagamos además algunas consideraciones sobre la toponimia de Contrebia que puedan añadir valor a nuestras opiniones. Es curioso que en los años en que todo son citas a Contrebia, situándola en el país de los berones, en el Ebro Medio, el propio Juvenal llame cántabros a los habitantes de Calahorra. El mismo valor asignamos a las citas de Catón sobre los cántabros cuando combatía en el Ebro medio.

Si llegó a haber equivocación fué de pocas millas romanas que, para nuestros propósitos de ahora, lo mismo nos da que no estuviesen en Calahorra y sí en tierra muy próxima. Los cántabros andarían junto a los calagurritanos de entonces, acaso hasta el despoblado actual junto a Cervera del Río Alhama y,

también, junto a los berones, dando o tomando de su sede el nombre de Contrebia.

Para Cea Bermúdez, en el siglo pasado, era «Conteabria» ¿Puede negar alguien la relación entre este nombre con los cántabros, sabiendo que sin ningún género de duda estaban en contacto con los berones y en la mejor relación amistosa, acaso con un gran parentesco de razas, si no eran de la misma?

En el nombre de Contrebia todo son raíces celtas. Así lo vemos en las palabras cántabras como en la misma Centóbriga, junto a Calatayud que hace no extrañar la posibilidad de otras Contrebias en el centro de la península. Desde la publicación en 1853 de la Gramática Celta, de Zeuss, se pueden hacer algunas deducciones pisando un terreno de suficiente firmeza. Estas deducciones han tenido igual valor para todos los pueblos celtas desparramados por Europa y no sólo para los de las islas británicas.

La raíz «tre» o «treb» figura como muy típicamente celta y el mismo Schulten, entre nosotros, así lo reconoce. Recuérdense los lugares como Treviño, Trebago, etc.

La voz cant-abri tiene una significación celta de fuerte. Acaso quisiera decir la palabra Cantabria una ciudad o burgo que no una región perteneciente a una raza o subraza; la fortaleza principal de un núcleo de población en el que la mayor parte de sus habitantes vivían alrededor, en el máximo nomadismo permitido por sus vecinos más fuertes o numerosos. Por la misma razón había una Cantalucía en las proximidades del actual Burgo de Osma.

También podemos descomponer las palabras Contrebia y Cantabria y sacar una raíz celta «treb» en el sentido que se daba en tierras inglesas a una de sus divinidades. Sobre el fondo celta de todos los pueblos celtíberos señala Caro Baroja la existencia de otros pueblos más celtas o exclusivamente celtas en terreno francamente celtíbero; así serían berones y cántabros.

Este mismo autor no deja de relacionar la toponimia de los ríos ingleses, en la actualidad, con los españoles, en forma atractiva y tentadora y es el mismo Schulten quien recuerda de una inscripción aparecida junto al Danubio en que se hace mención de la diosa Cantabri.

Una vez más queremos poner en relación el sobrenombre de Leucada con el del héroe Leucon, bien porque la ciudad tomara el nombre del héroe o bien éste el de la ciudad de procedencia.

Una vez más llegamos por el camino de los fríos datos al borde de las sugerencias sin lanzarnos a la afirmación contundente. Sirva lo dicho para indicación localizadora de una Contrebia en las tierras que hoy existen junto al cerro llamado, hasta nuestros días, de Cantabria, y bajo la sierra del mismo nombre.

Todo esto adquiere mas visos de posibilidad si nos detenemos a localizar la tierra de los cántabros, punto de los más arduos y discutidos. Generalmente se localiza a los cántabros según las abundantes y detalladas afirmaciones que existen de las llamadas guerras cántabras, por antonomasia. Sobre el terreno en que éstas sucedieron no hay duda alguna con tal que ellas no sirvan para asegurar que los cántabros no estaban en la orilla del Ebro, en la orilla izquierda hasta la altura de Calahorra y aún de Cervera del Río Alhama.

Pudo haber error de localización en Juvenal y en Catón, pero pudo haber también una distinta expansión geográfica de este pueblo en los distintos períodos de tiempo a que se refieren los datos recogidos por los distintos historiadores. También pudo haber varios pueblos cántabros cuya diferenciación nominal o estatal no es detallada en las fuentes históricas.

Unos fueron los cántabros coniscos, los más meridionales y orientales, los que vivían junto al Ebro. Estos vivían entre turmódigos, autrigones y berones y acaso los autrigones los separaron, alguna vez, del tronco más occidental de los cántabros. Pero, separados o no alguna vez, tenían bastantes diferencias, los cántabros del mar y los coniscos, por el tipo de tierras que ocupaban y la distinta vida que la tierra les obligaba a llevar a cada uno de estos grupos raciales. Los coniscos vivirían más del cultivo de su tierra rica, fértil y fácil en tanto los cántabros montañeses vivían vida más dura con costumbres más rudas y fieras. Todos los historiadores parecen de acuerdo en señalar como causa de las guerras cántabras los robos y depredaciones que los indígenas se veían obligados a hacer en las ricas tierras llanas de los vaceos, al Sur de las montañas de Asturias y Santander. Todos los detalles que del género de vida de los cántabros se hablaban en los campamentos de Augusto no debían de existir, desde hacía tiempo, entre los cántabros de la ribera. De la misma práctica de la cobada que aún se hace por algún pueblo de León y Galicia no tengo referencia entre los cántabros que vivían desde Penagos hacia Oriente, Ebro abajo.

Debe pensarse que los coniscos o, por lo menos, los cánta-

bros, sufrieran el choque de la primera expansión del pueblo vascón — la acaecida antes de J. C., para diferenciarla de la segunda expansión sobre el año 500 después de J. C. — y se hubieran visto obligados a replegarse en la zona montañosa.

También pudo suceder que los cántabros bajaran posteriormente a tierras de la Rioja después de la derrota definitiva por las regiones romanas. Fueron dados decretos de expatriación en masa de grandes contingentes de población que, probablemente, irían a poblar las antiguas tierras del Sur, cuando los vascones habían llegado definitivamente al mar sobre las tierras de los antiguos várdulos, caristios y autrigones. Lo mismo que creemos que se puede afirmar la presencia de los cántabros en la Rioja Alta y en el Ebro medio, se podría asegurar que su permanencia fué muy variada y discontinua. Así se explica que junto a todas las afirmaciones, las de Ptolomeo, por ejemplo, en la fijación de los límites de várdulos, autrigones y caristios junto al mar, los límites de estos pueblos por el Sur son muy confusos y aún variables, en las distintas épocas.

Como que nada tenía de relación de contigüidad el pueblo cántabro del Ebro, de antes de Lúculo (año 151 a. de J. C.) o de Catón (año 195 a. de J. C.) con los cántabros de después de las guerras de Augusto, o, si avanzamos mucho más en la historia, con la Cantabria de los visigodos cuando Cantabria era ducado, y en que, acaso, fuera destruída por primera o última vez la Cantabria o Contrebia, por Leovigildo. Y no se olvida que, casi en nuestros días, ha sido Vitoria la capital de Cantabria.

Pero siempre, con romanos o con visigodos, es de extrañar la unidad de acción que el actual terreno navarro, la Rioja ribereña y la Rioja alavesa tuvieron en sus relaciones con los cántabros occidentales y con los aquitanos.

Ningún autor, que nosotros sepamos, se ha dado una explicación de por qué y por dónde se ayudaban mutuamente cántabros y aquitanos en épocas muy diferentes. Fué una amistad eterna y bien a prueba; se haría por tierra en una zona que uniría los cántabros occidentales con los coniscos del Ebro y a través, después, del Pirineo, por la parte Este de la zona vasca, la que los vascos dejaron al bajar del Pirineo continental al mar.

Podría pensarse aún, si bien de ello no hay comprobación histórica, que no hubiesen sido muy buenas las relaciones entre vascones y cántabros. Es muy fácil pensar en colisiones entre estos dos pueblos ya que los vascones casi siempre fueron amigos de los romanos cuando el poder de los cántabros más pare-

cía restringirse geográficamente. Lo mismo sucedió cuando las guerras cántabras, en plena euforia amistosa de vascos y romanos. De ser así, se puede pensar que en un segundo tiempo fueran los cántabros los que por medios belicosos contribuyeran a empujar hacia el Norte, hacia el mar, a los vascones que estaban extendidos por una gran parte de la Rioja actual. En esta constricción geográfica del pueblo vasco debió actuar la amistad de cántabros y aquitanos, si bien en sentido inverso. Solo así me explico la contigüidad cántabro-aquitana por la parte oriental de la Navarra de nuestros días donde el elemento céltico o cántabro (para Estrabon los berones y cántabros eran celtas) se acusa en marcada diferencia con los rasgos raciales de los vascos.

Se crearía entonces una situación parecida a cuando, en los días de Pompeyo, fundara este Pompaelo y, desde allí, en el año 74 o en el 75, exigiera la ayuda de los cántabros, para sus conquistas.

Cántabros y vascones no pudieron ser amigos teniendo enemigos tan diferentes. Los vascos siempre fueron amigos del romano y sus luchas más atroces fueron contra los visigodos. Al revés que los cántabros. Las pretendidas luchas entre romanos y vascos no son creídas ahora por nadie, pasada la pasión nacionalista, entiéndase en el peor sentido, que inspirara a algunos historiadores del pasado siglo.

Así, a Contrebia, lo mismo que a los berones, les tocó la paz en la época de las famosas guerras cántabras y la guerra que destruyera aquella fortificación en época visigoda, que es cuando se ganaron los vascos el título de : indómitos vascones con que se adornaban de gloria los monarcas visigodos aunque nunca los sojuzgaran por completo. Por completar algo más la cuestión levantada en las últimas palabras, añadiremos que la expansión última de los vascos, la que les dió las tierras vascas en Francia, fué posterior al 500 después de J. C. Acaso por guerras contra los aquitanos. No se olvide que estamos hablando sobre la raza que menos historia ha escrito en piedras y en pergaminos y con la que no caben más que juicios aventurados que logren ser, además, venturosos.

(*Continuará*)

